

bre, de un hombre, de ese hombre que es él mismo, y sin renegar de la razón científica se interna en la tierra de nadie del inconsciente y de los sueños. El paisaje nocturno de ese mundo fue descrito por un poeta, por Gerard Manley Hopkins: «Oh la mente, la mente tiene montañas: acantilados a pico de terribles pendientes, que ningún hombre sondeó. Que los desdeñen los que nunca estuvieron allí». Sólo que Freud no va a buscar allí una poética, sino una nueva racionalidad, un nuevo saber.



Se ha querido ver en Freud una contradicción insalvable. Por un lado, su herencia de médico positivista, su moral casi victoriana, su invencible tendencia a racionalizarlo todo y su declarada incapacidad para sentir aquello que no podía comprender; por el otro, el ámbito de su investigación subterránea, su espíritu transgresor y herético. Y esto es exactamente lo que ocurre, sólo que no le ocurre únicamente a él, sino a los mayores pensadores y artistas que recibieron el legado del Iluminismo y del siglo XIX y que, aún dudando de las ilusiones del progreso, de la razón y de la ciencia, no quisieron renegar de ese legado. Heredero escéptico de la Ilustración, Freud no cree en que el hombre alcanzará la felicidad, sólo se atreve a decir que ese anhelo subyace bajo las ilusiones que los hombres llaman teorías; heredero de los románticos alemanes, pariente espiritual de Schopenhauer, cree, sin embargo, en el poder develador y curador de la inteligencia y no dejará nunca de pensar como un científico. Esta dualidad, esta paradoja, este aparente contrasentido, es su fuerza. Busca en la noche, en la locura, en el sueño, en la pasión, en los instintos, en lo inconsciente y hasta en la pura irracionalidad, los temas de su doctrina, así como Novalis, Hölderlin, Hoffmann o Jean-Paul buscaron los temas de su poética; pero trata de iluminar desde allí el mundo del hombre concreto, no del hombre singular y excepcional, sino del hombre humano. En *Un recuerdo infantil de Leonardo* escribe que cuando la investigación recae sobre una de las grandes figuras de la humanidad «no persigue los fines de oscurecer lo radiante o derribar lo elevado», pero agrega que «nadie es tan grande que pueda avergonzarse de hallarse sometido a leyes que rigen con idéntico rigor tanto la actividad normal como la patológica». Esta búsqueda que comenzó por él mismo («el enfermo que hoy me preocupa soy yo», llegó a escribir) es también, y a veces sobre todo, una búsqueda de lo oscuro trivial, de lo común a cualquiera. Dicho de otro modo: este investigador de las profundidades, este buho nictálope, este nocturno brujo de la tribu, es esencialmente un humanista.

Hay visiones del mundo y aún filosofías que, como la poesía, sólo se entienden en primera persona. Cuando San Agustín escribió sus *Confesiones* inauguró para la historia del pensamiento esta modalidad que hoy se llama discurso y que yo tiendo a llamar palabra existencial. El psicoanálisis freudiano es una disciplina articulada desde el yo. Por eso no quiero entrar en el tema de las vinculaciones del psicoanálisis con la literatura y con la cultura, sin aludir, siquiera sea de paso, al encuentro personal de Freud consigo mismo. «Entre mutilar animales y torturar seres humanos, me decido cada día más a favor de lo primero», escribió poco antes de renunciar a este elegido destino de científico puro. Veinte años más tarde, Freud empieza a ser para siempre Freud. Como a Pascal, ha descubierto o le ha sido revelado algo; como a los personajes míticos de la epopeya o la tragedia, un sueño diurno le mostró su destino. No estoy haciendo una metáfora. En 1896 muere su padre, y no esa muerte, sino *un sueño*, le transformó el alma. Ese mismo año Freud escribe por primera vez la palabra *psicoanálisis*. Ese mismo año inicia su viaje nocturno por el interior de sí mismo. Con encarnizamiento fanático, y lucidez casi inhumana, comenzó su autoanálisis. Cuatro años más tarde publica su libro decisivo, *La interpretación de los sueños*. No me parece casual que este libro haya aparecido, en 1899, con un pie de imprenta que lo fechaba en 1900. Freud deja atrás el siglo XIX y se abre paso en nuestro siglo con una obra que representa para la conciencia lo que *La crítica de la*